

La primera aproximación al trabajo actual de José Noguero me vuelve a colocar en el terreno límite de la RESONANCIA. Sus trabajos anteriores apuntaban la condición reflectante del espejo, la imagen ficcionada, la fotografía y el ángel joven, siendo imposible, ante tal reverberación, saber donde, ni como, acababa la obra.

El prefijo «RE» es síntoma inequívoco de la repetición, del retorno, volver a ese punto en el que inicio y final se confunden. El secreto, no desvelado, del retrato de los esposos Arnolfini, sigue siendo una cima del reflejo infinito, de un eco icónico en el que la forma del espejo adquiere especial significación. Círculo o elipse, intentan captar con rigurosa geometría el espacio o las figuras que en ellos se contemplan es un intento de poner marco, encuadrar o limitar un «sin fin» excesivo.

En un tiempo epigonal como el que estamos viviendo, parece muy necesario que alguien nos ponga en un estado reflexivo sobre las leyes que rigen el mundo físico. La visión se convierte de este modo en ley e inicio de filosofía existencial. José Noguero obliga al ojo, le marca un territorio y un camino, y así el recorrido, el lugar y el espacio substancian todo su trabajo anterior y presente, sin obviar la vorágine en la que pretende sumergirnos.

La medición de la resonancia del eco subraya la yuxtaposición efectista y contundente de los términos contrarios, delimitar lo que huye, lo que se escapa en el aire es una operación necesaria para sobrevivir ante el dilema de encontrar un punto en el que lo equidistante no vaya en detrimento de lo móvil.

Sólo de este modo podremos adentrarnos en el laberinto especular que José Noguero, hoy aquí nos propone, sin que nuestra identidad sufra excesivamente al tener ante sí la imagen caleidoscópica, multiplicadora del otro lado del espejo.